

ceso de socialización de los educadores y, en las últimas décadas, se puede encontrar otra función en el análisis de la relación entre investigación educativa y política educativa.

La planificación educativa actual se establece y se gestiona por medio de una serie de cambios curriculares que son puestos en práctica y dirigidos por ayudas de enseñanza y métodos de evaluación, donde el motivo detrás de cada cambio mínimo se expresa en términos de investigación y evaluación educativas.

El cambio educativo desde un gobierno centralizado a otro descentralizado conlleva una serie de problemas: la descentralización es una estrategia de reformas que debe relacionarse con las corrientes políticas; está sucediendo en un contexto de gobierno político complejo, y debe entenderse como una respuesta a las exigencias vinculadas a cómo percibe la educación la opinión pública. La productividad y la eficiencia de la educación se convierten en la legitimación del gobierno político de la educación.

El autor deja claro, a lo largo de toda su obra, cómo independientemente del nivel, precisión y alcance de las distintas teorías curriculares, todas ellas implican los conceptos y las relaciones entre ellos, que explican cómo se selecciona y se organiza el conocimiento para la enseñanza y el aprendizaje. Deben basarse en supuestos filosóficos relativos a cómo se forma el conocimiento, supuestos de orden socio-histórico sobre dónde tiene su significado una organización específica del conocimiento en un contexto social, y los supuestos psicológicos respecto a cómo se adquiere y procesa dicho conocimiento.

M<sup>a</sup> Rosario CERRILLO MARTÍN

Melendo, T. (1992).  
*La dignidad del trabajo*  
Madrid: Rialp, 229 pp.

La colección Monografías y Tratados GER acaba de sacar un nuevo estudio del prof. Melendo en el que se aborda de manera global una visión auténticamente radical del trabajo. No tiene empacho el autor en reconocer abiertamente, ya desde el principio, el interés estrictamente filosófico del estudio; éste se mueve en el terreno de la fundamentación metafísica de esta realidad tan dramáticamente vital como es el trabajo y de su peculiar nobleza antropológica.

Comienza describiendo con cierto pormenor la evolución del concepto de trabajo desde al antigüedad greco-romana en la que éste aparece como una actividad degradada y propia de los esclavos. Esta visión, que perdura en sus rasgos sustanciales a lo largo de la edad media, comienza a perder en la modernidad su carga semánticamente negativa. La idea de que el hombre debe transformar la naturaleza para adaptarla a sus necesidades promueve una visión más positiva del trabajo; no se trata de un mal menor, sino de algo que planifica la personalidad humana. Bacon, Descartes y Hume contribuyen en diversa medida a este giro conceptual. A finales del siglo pasado, la revolución industrial parece introducir un elemento contradictorio en es eproceso de dignificación del trabajo. En efecto, el marxismo afirma la alienación antropológica del trabajo productivo: el trabajador parece identificado con la máquina y reducido a la condición de mercancía pura. Pero realmente es la cuestión obrera la que pone a la historia contemporánea en la tesitura de efectuar un salto cualitativo en la valoración sociológica y antropológica del trabajo, merced al sindicalismo y, de una manera muy especial, a la llamada doctrina social de la Iglesia Católica. A diferencia del marxismo —y con un concepto mucho menos restrictivo del trabajo— ésta recupera la dimensión práxica de la tarea humana de transformar la naturaleza haciéndola a la medida del hombre: el trabajo reobra sobre el propio hombre; al transformar la naturaleza, éste se transforma también a sí mismo, incluso en las tareas que por su índole poiética surten efectos que le quedan ajenos. El fundamento último de la valoración que el cristianismo hace de la realidad del trabajo es justamente la dignidad de la persona humana. La índole personal del trabajador «hace que 'todas' las actividades profesionales, con independencia de su contenido teórico o manual, participen —o 'puedan' participar— de la excelencia constitutiva de la persona» (p. 48).

En definitiva, desde el ángulo metafísico, es el acto de ser y su particular eminencia en el caso de la persona humana lo que dignifica hasta las manifestaciones últimas de su realidad, incluidas, naturalmente, sus operaciones (pp. 56 y 58). El valor del trabajo deriva de su condición de ser una actividad plenamente personal. Ahora bien, la persona es especialmente valiosa en virtud de su capacidad de elegir (*libertad, electio*) y, en particular, por su capacidad de amar (*dilectio*).

Desde el punto de vista de la teología espiritual, aquí radica últimamente la clave para superar la clásica disociación entre vida activa y contemplativa: no son dos vidas paralelas sino dos aspectos de la misma y única existencia humana. En efecto, el hombre, por su índole personal se asemeja a Dios —que también es persona— de una manera muy especial, y está llamado por él a encontrarle y amarle con un verdadero amor interpersonal, pero sin salir del ámbito propio de las realidades que configuran nuestro mundo, particularmente el trabajo. De esta manera, la dignidad del trabajo —de cualquier tarea humana noble— depende del amor a Dios que

en él se ponga y del espíritu de servicio a los demás con el que se lleve a cabo. Tal es el núcleo básico de la enseñanza del Beato José María Escrivá y de la espiritualidad del Opus Dei, por él fundado, como reconoce explícitamente el autor (pp. 66-68, 92, etc.).

Seguidamente Melendo aborda un sector de problemas que se derivan de la concepción del trabajo como un medio y no un fin: la necesidad de integrar el trabajo con el ocio contemplativo, el sentido de lo «profesional» y el carácter de servicio al bien común que el trabajo ha de revestir, su significación como instrumento para completar la creación, la relación entre trabajo y rectitud moral. En estos análisis cabe destacar la descripción que se hace de la profesión. Ésta no se configuraría en función de un reconocimiento oficial, sino por la dosis de espíritu de servicio que en cada profesional incluye, de manera que sería ampliable al ámbito de lo que sociológicamente se considera como sector inactivo (enfermos, tercera edad) (cfr. p. 124). También merece ser reseñada la propuesta —cuidadosamente justificada en lo teórico— de que la perfección sectorial del trabajo no acompañada de rectitud moral no sólo es irrelevante sino perjudicial (p. 120).

En esta línea hay que destacar también los desarrollos en torno a la finalidad del trabajo, tomando pie en algunas sugerencias de Ortega y de Heidegger en torno a la deshumanización contemporánea que ha supuesto la revolución tecnológica. La técnica —bien caracterizada por Ortega como el esfuerzo destinado a ahorrar esfuerzo— se convierte en un contravalor si no se supedita al perfeccionamiento del hombre en tanto que persona y si no existe un esfuerzo paralelo por desarrollar un saber propiamente humano y humanístico. Por ello decía el filósofo español que el objeto de la técnica es preparar en el planeta un hogar confortable para el hombre, pero justamente para que pueda «vacar a ser sí mismo», para que pueda disponer de mayor holgura para la teoría y la contemplación (cfr. pp. 154 y ss.), y poder así crecer más como persona (ser inteligente y libre): se trata de disponer de más, pero para ser más. Sin esta perspectiva, el dominio humano sobre la naturaleza se convierte en una pura voluntad de poder (*Wille zur Macht*) que amenaza a la naturaleza y al hombre mismo. Tal poder desorbitado, autónomo y sin sujeciones, acaba siendo culturalmente «presicótico». El malestar de la cultura aparece en Heidegger también como una consecuencia de ese ofuscamiento, que ha terminado por ocultar al hombre (*Dasein*). En efecto, la técnica manifiesta sólo aquellos aspectos de la realidad que permiten ser subordinados a la utilidad del hombre (p. 148). Mediante la técnica, entonces, el hombre arrebató a las cosas su verdadera naturaleza para destinarlas. Pero si esta lógica carece de todo contrapeso, también el hombre entra en su mecanismo y acaba siendo destinado.

Tal proceso de deshumanización es bien descrito por Melendo —siguiendo a los mencionados autores— como una consecuencia de la pérdida del *pathos tehoretikós* en nuestra cultura. Ciertamente el inacabamien-

to de la creación ha de ser leído en la perspectiva del mandato divino inicial contenido en el libro del *Génesis*: humanizar el cosmos, hacer de él un hogar habitable para el hombre; pero igualmente ha de ser interpretado como un inacabamiento del hombre mismo (pp. 184-186) que reclama, junto al trabajo de transformar la naturaleza, el «cuidado del alma» (*care*), como ha subrayado tan gráficamente el filósofo checo Jan Patočka. (Los motivos heideggerianos en torno al asunto de la deshumanización de la técnica contemporánea también han sido meditados en profundidad en un reciente trabajo de Modesto Berciano, *La crítica de Heidegger al pensar occidental*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1990).

Para concluir podemos subrayar la oportunidad del presente estudio. Ante la parcialidad —y tantas veces la insuficiencia— de muchas visiones puramente jurídicas, sociologistas o economicistas, era ya cuestión urgente abordar la cuestión del trabajo con una perspectiva antropológica completa.

Desde el punto de vista pedagógico hay muchas y muy interesantes cuestiones implicadas en el estudio, como las relaciones del trabajo con el amor y la libertad; la conexión entre trabajo y contemplación; trabajo y técnicas; trabajo y necesidades materiales; y cultura; y virtudes, etc. Se trata, en suma, de un libro que puede interesar no sólo a filósofos, sino a todos los que tengan un mínimo de nivel y preocupación cultural, a todos los profesionales en general y, en particular, también a padres de familia y educadores, quienes sin duda podrán extraer estimulantes conclusiones para su trabajo educativo.

José María BARRIO MAESTRE

Osborne, R., y Freyberg, P. (1991).

*El aprendizaje de las ciencias.*

*Implicaciones de las ciencias de los alumnos*

Madrid: Narcea

Se atribuye a Einstein el dicho de que hasta los físicos aprenden la mitad de su física antes de la edad de tres años. El niño que deja caer repetidamente la cuchara desde lo alto de su silla, está empezando a aprender algo acerca del mundo físico. Y es que recientes descubrimientos e investigaciones muestran que los niños poseen una concepción del mundo y dan un significado a los términos científicos antes de recibir la instrucción formal, y todo ello influye decisivamente sobre su aprendizaje. Estas